

Apalabramiento y memoria en la novela *La vida no tiene Nombre* de Marcio Veloz Maggiolo: hacia una postura poscolonial

Lourdes Torres Rivera
Profesora-Departamentos de Español y Estudios Hispánicos
UPR-Ponce y UPR-Cayey

Resumen

Este ensayo constituye una lectura poscolonialista de la novela *La vida no tiene nombre* de Marcio Veloz Maggiolo. Sobre la base de la memoria, como estrategia literaria, se pretende demostrar que en este relato la focalización subalterna deconstruye una visión de mundo inferiorizadora que advino en la República Dominicana con la invasión estadounidense de 1916.

Palabras clave: Marcio Veloz Maggiolo, poscolonialidad, subalternidad, memoria, novela dominicana.

Abstract

This essay is a postcolonialist reading of Marcio Veloz Maggiolo's novel, *La vida no tiene nombre*. Based on memory, as a literary strategy, it intends to demonstrate that in this narrative the subaltern targeting deconstructs an inferiorizing vision of the world that appeared in the Dominican Republic with the American invasion of 1916.

Keywords: Marcio Veloz Maggiolo, postcoloniality, subalternity, memory, dominican novel.

I. Introducción

Como texto testimonial de la narrativa dominicana, *La vida no tiene nombre* se erige sobre instancias costumbristas y un registro discursivo que queda marcado tanto por el carácter realista como histórico. La autenticidad de lo antes expuesto se refuerza en la visión de los pintorescos paisajes del ambiente criollo y la constante descripción de un degradado sistema colonial que quedó como reducto de la primera invasión estadounidense en la República Dominicana, entre 1916 y 1924. Dicho trasfondo está determinado, en gran medida, por el contexto social y político en que se edificaba la isla dentro de la “moral capitalista” que produjo la llegada de la milicia norteamericana; y que repercutía, a su vez, en la deshumanizada trata social. El movimiento de los personajes, así como las

descripciones de dicho ambiente, contextualizan la problemática interracial dentro de expresiones androcéntricas y clasistas de un sistema patriarcal que bien ha de determinar la represión que sufren los personajes. Dicho texto posibilita ser leído, además, como una crítica de un discurso reaccionario sobre la hibridez cultural y política en el cual se observa al protagonista como un héroe trágico. En este sentido se tomará dicho contexto para evidenciar cómo la voz narrativa logra desde un discurso monologal instaurar un ajuste de cuentas (según se establece con el pasado) que, desde un decir más o menos revelador, idealiza, degrada o simplemente registra las realidades enfrentadas. No sin observar cómo la voz del *otro*, en tanto subalternidad, se resemantiza y se reivindica. A tales fines,

se observará la estructuración del pensamiento poscolonialista sobre las implicaciones del concepto subalternidad de teóricos como Said, Spivak, Bhabha, Quijano y Mignolo, entre otros; ya que revelan cómo la tradición hegemónica europeísta ha manipulado la construcción de identidades periféricas, instrumentalizándolas a la manera de dualismos binarios como oriente/occidente, negro/blanco, hombre/mujer. La imposición tergiversada de dichos binomios culturales ha repercutido en la fijación de espacios de predominio occidentalista que, a su vez, se orientaron para reformular una visión estereotipada y conceptualizada del *otro* como un ente descentrado y desterritorializado. Ante tal panorama, todo indicio cuestionador o destabilizador de dicha visión de Occidente resulta amenazante y conflictivo; esto, a pesar de tener la posibilidad de generar una óptica de mayor complejidad, amplitud e inclusión en términos culturales, políticos, sociales y humanos.

Desde una perspectiva no occidentalista, la hibridez es la instancia puntual de una realidad transculturada que no se limita en este espacio a materializarse como mera otredad; sino como una alteridad negociadora cuyo interculturalismo implica un saludable discurso dialógico en el contexto de las construcciones de identidad. Ello puede observarse, por ejemplo, en el artículo “Cultural Identity and Diaspora” de Stuart Hall, en el que se estipula que la identidad cultural no es un *ser* sino un *hacerse* (en Ramírez 1); es decir, no es esencia sino construcción. En dicho proceso, el sujeto se corre el riesgo de quedar supeditado a la concepción misma del lenguaje, por lo cual este deberá concebirse fuera de (o en tensión con) las esferas tradicionales del monolingüismo imperante que ha caracterizado a Occidente. Constituirse, entonces, conllevaría

observarse desde un espacio límite, fronterizo y rizomático desde donde pueda enunciarse. Para Bhabha, lo antedicho implica un espacio *entre* en que pueda hacerse viable una territorialización del sentido. Es necesario enfatizar que se utiliza el término “territorio”, desde la filosofía de Deleuze y Guatari, como significado de apropiación, agenciamiento y subjetivación ante la posibilidad de una movilidad de pliegues, repliegues y despliegues. Ello implica que nos encontramos ante un espacio donde se traducen los enunciados individuales y colectivos; y en el cual se destacan además las relaciones de poder.

Tras la búsqueda de una identidad en que el sujeto subalterno pueda configurarse desde un espacio *otro* en debate con las posturas occidentales y europeístas es que surge gran parte de la narrativa de las Antillas bajo la impronta de su continuo dilema político-nacional. Sobre dichas instancias se erige la novela *La vida no tiene nombre* (1965) del escritor Marcio Veloz Maggiolo. Desde cierta concepción de enfoque costumbrista, dicho texto queda marcado por un registro discursivo de carácter reflexivo enmarcado en la reconstrucción de hechos a partir de la memoria. Dicha memoria, como elemento organizador del relato, gira en torno a la invasión norteamericana en suelo dominicano entre 1916-1924 y hurga sobre las estrategias deplorables de la ocupación. Con elementos lingüísticos cargados de humor y parodia, a través del relato se insta a la repulsa de un pueblo que, tras los abusos recibidos, terminó de igual forma sometiendo a los suyos. La autenticidad de lo antes expuesto se refuerza en la voz de un gavillero que, ante la espera de ser fusilado por levantarse contra el régimen y haber asesinado a su propio padre, organiza un discurso intervenido por cuestionamientos raciales, sociales y culturales. Dicho

trasfondo está determinado en gran medida por un contexto social y político concerniente a los que lograron configurarse como la resistencia. Sobre este aspecto se observa en el texto a un protagonista cuyo nivel actancial se estructura como parte del silenciamiento que categoriza a los enunciados provenientes de la subalternidad. Solo sabemos por su propia voz, la cual es intradiegetica, que es producto de una violación; la que cometió su padre, un hacendado holandés apellidado Vieth, contra Simián, su madre y mujer haitiana. Hay que señalar que dicho protagonista, quien carece de nombre en la historia, es apodado como *El Cuerno* a manera de burla social; una marca peyorativa con que se rememora la infidelidad que ejerció su padre contra su esposa a pesar de que él mismo se había consagrado, ante los demás, como líder patriótico a través de las diversas luchas en que participó contra los invasores.

A manera de un fluir de conciencia, se observa, además, el desarrollo de los personajes, así como las descripciones del ambiente (moral y natural) en que están insertos, y se contextualiza sobre ello la problemática interracial. Sobre dicho cronotopo, vemos al negro, al dominicano y al haitiano categorizados por la subalternidad frente a la forma en que está configurada la hegemonía de la cultura blanca invasora. En la novela, dicha subalternidad queda condicionada al discurso y al quehacer de una burguesía que manipula la subjetividad de esos otros, al punto de que estos terminen por interiorizar una visión de mundo que los inferioriza y los destruye. A continuación, se evidencia lo antedicho:

¿Dónde está ese maldito haitiano?
 ¡Dónde se metió ese hijo de puta!
 Decía que yo era haitiano como si
 eso fuera un insulto, y a mí siempre

que me lo dijo me daba por pensar que, si él consideraba a mi mamá un animal por el hecho de ser haitiana, él, papá, debía ser un animal peor y hasta más insignificante que mamá puesto que se ayuntó con ella cuantas veces le dio la gana, y seguramente que al hacerlo no sintió ni el asco ni la conmiseración que a veces aparentaba para los negros. (10).

Sobre ello queda evidenciado el proyecto de invisibilización que las estructuras del poder logran insertar en las minorías étnicas. Los binomios culturales hombres/mujeres, blancos/negros, ricos/pobres estructuran no solo el contexto narrativo sobre la política colonial antillana; sino, además, la pobre conciencia que se tiene del silenciamiento de las clases oprimidas. Al respecto, ha mencionado Spivak que “es claro que el subalterno habla físicamente; sin embargo, su *habla* no adquiere estatus dialógico -en el sentido que lo plantea Bajtín-, esto es, el subalterno no es un sujeto que ocupa una posición discursiva desde la que pueda hablar o responder” (298).

En este punto, el discurso (corporeizado) repercute en el imaginario popular y se instaura en la idea distorsionada del concepto raza. Lo racial puede ser leído en la novela como un constructo ideológico caracterizado por una estructuración biológica y fenotípica que se constituye con el fin de justificar los procesos de dominación, que, una vez fundada, legitima las prácticas de las mismas. En crudo, puede destacarse en el siguiente enunciado: “Era el hijo de la negra, el hijo de Simián la sucia, descendiente de unos que cierta vez invadieron a Santo Domingo: los haitianos” (12). Tal tratamiento de lo racial coincide con lo que Aníbal Quijano ha expresado en

su ensayo “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. El sociólogo peruano afirma que las nociones de “raza e identidad racial fueron establecidas como instrumentos de clasificación social básica de la población” (202). Dicha categorización opera en función de naturalizar el discurso de poder racista con el propósito de legitimarlo en el orden cultural y justificar así la explotación a la que el marginal queda sometido.

La sistematización de dicho discurso se concreta en el relato mediante el proceso de saqueo y decadencia (a nivel personal, familiar y laboral; en fin, humano) que los personajes sufren a raíz de los prejuicios en que deviene el determinismo racial. En la misma línea, la complejidad de las relaciones sociales queda por ello relegada a la estratificación de clases, cuya pugna se observa en el protagonista de la historia. De padre holandés, madre haitiana y patria dominicana; el protagonista de esta historia se reestructura a base de un viaje discursivo de carácter confesional o testimonial que bien resulta en una memoria decolonial. La reivindicación del yo frente las secuelas del trauma que genera la memoria es para este personaje resentir en el presente un pasado irresuelto e hiriente. Pretende con ello retomar las incongruencias de la psique que predominó en muchos de los sobrevivientes de la invasión norteamericana, de aquellos específicamente que se relegaron al servicio de los invasores ya sea vendiendo a sus propias hijas o delatando a los gavilleros por un plato de comida. Su falta de resignación al respecto se presenta en la negación de ese presente inconcluso del cual aún se encuentra disidente. Sobre ello se dice al respecto:

Aquellos pueblos de mi tierra, que tanta protesta levantaron cuando los gringos pisaron nuestro suelo,

pronto se acostumbraron a servirles, pronto cayeron al servilismo que durante tanto tiempo nos ha hecho a los dominicanos unos payasos que bailan para el que más comida ofrece. Daba pena ver aquello. Muchachas entregadas por sus madres y cosas como estas. Nosotros llorábamos de rabia, pero no podíamos hacer nada. (18)

Este estadio de conciencia repercute en el discurso de la víctima. En otras palabras, solo aquel que haya sufrido el horror puede apalabrarlo. Ese horror queda representado en la obra en las imágenes en crudo que el mismo protagonista replantea al describir las ejecuciones arbitrarias del poder, la deshumanización y el miedo imperante en una sociedad sometida a la opresión. Podría decir en este sentido que la repercusión somática de la experiencia del *des – ser* lacaniano se reorganiza en la memoria de dicho protagonista como la estructura de un viaje que intenta reinscribir un sentido de pertenencia. Sobre ello se primigenia el deseo de darle muerte a un padre perverso, que si bien lo asesinó obligado por su hermano jamás sintió remordimiento. La vinculación de estos hechos muestra desde el psicoanálisis de Freud el triunfo autónomo del ser que desea desvincularse de su origen, pues matar al padre es también matar a Dios y a todo reducto de ley. Más aún, si dicho origen es concebido desde el absurdo. Situación que golpea a dicho personaje en medio del caos político-nacional que lo arropa y cuyas circunstancias también absurdas terminarán con su vida. Así lo explica:

Mira Juan— le dije al negro —, los dominicanos nacimos para que nos pisen. Nos defienden y denunciamos al defensor. Le negamos el agua para la sed y el candil para lo oscuro. Nos

vendemos por un pedazo de plátano y los campesinos venden a cualquiera. ¿Qué hace uno con defenderlos si se han dejado dañar por los pesos de los gringos?... Les dan a escoger entre su libertad y cinco dólares y toman los cinco. Estas gentes de por acá piensan con el estómago, Juan, con el estómago; mientras los sobornen, mientras las tropas les den frazadas U. S. y sopa en latas y leche y tabletas de chocolate americano, estos hijos de su maldita madre no harán nada. Venden a sus hijas por diez pesitos, Juan, a nosotros nos venden por menos, figúrate, no somos ni siquiera sus parientes. ¿Cómo crees que podemos pelear así? Hacerlo es seguir forzándolos revólver en mano y eso ya no es liberarlos, a nadie se libera por la brava, quien no tenga conciencia de que tiene que ser libre que se hunda, que se lo lleva el diablo, Juan. (27)

Sobre ello la voz narrativa deviene conciencia, memoria irresuelta, metonimia de un país en profundo estado de estatismo. También adviene a él la responsabilidad de la memoria como deber, como bien señala Annette Wieviorka: “deber de memoria”. Sobre ello, nos dice que su importancia radica no solo en la íntima necesidad de contar una experiencia, sino el imperativo social a la que responde (en Gatica, 54). Es un deber de conciencia como bien lo explica en las últimas líneas arriba señaladas. En pos de asumir la experiencia del desamparo que trasluce dicho personaje se encuentra con la imposibilidad de acceso a la palabra. La pérdida o desposesión de la identidad político-nacional es también para él la pérdida del lenguaje. Lo innombrable desde lo cual se desprende el título es característico de un ser arrojado al límite, quien solo puede reestructurarse a instancias

de una readaptación que no deja de ser desestabilizadora. La reivindicación de dicho sujeto solo se abre a instancias de un discurso transformador que parte de un diálogo con los procesos de subjetivación y la búsqueda de identidad. El encuentro restaurador de este conocimiento lo lleva a la deconstrucción del discurso del elemento invasor y pudo como conciencia crítica “despojar al lenguaje de su valor de verdad” (en Collazo, 1). Para llegar a ello es necesaria la reterritorialización del sentido (en Moraña, 12). Y, si bien, como él mismo explica, todas estas formas son parte de un límite que a su vez implica una reflexión sobre la propiedad (de la vida, de la lengua materna, de la relación del individuo con sus contextos históricos, lingüísticos y discursivos), la novela *La vida no tiene nombre* manifiesta un ethos en el que se perpetúan los valores tradicionales de patriotismo y la dignidad humana aun en los aspectos más sórdidos de su vida. Sobre ello cito al respecto:

Estoy preso por dos delitos: haber combatido a las fuerzas de ocupación y haber asesinado a mi padre. De los dos me siento conforme. Yo soy un hombre sincero, un hombre al que no le gustan las mentiras, un hombre que un día intentó olvidar su pasado y no pudo. (4).

Desde lo antes expuesto, se observa que la concepción ideológica del texto nos remite desde su estructura a un paradigma de construcciones dotado de un carácter político, eje central del discurso de Veloz. En este sentido, el autor tiene la intención de (volver a) narrar la Historia desde la legitimidad de una mirada propia capaz de interpretar sus circunstancias y su pasado dentro de un marco de penetración liberacionista. La perspectiva de la misma

radica en la reescritura de la memoria histórica; por la cual se rectifica la voz de la subalternidad según los parámetros del discurso dominicano. Si bien la condición subalterna es facilitadora de saberes alternos y se traduce en la posibilidad de diferenciar entre conciencias "falsas" o "verdaderas," (en Rodríguez, 2), como reacción contestataria se inserta y se acomoda dentro

de los espacios de la resistencia, el *entre* del cual hablaba Bhabha. La movilidad entre lo uno y lo otro juega, entonces, a manera de una suerte de tensión en que la conciencia deberá migrar al límite en donde pueda el sujeto subalterno enunciarse tal como queda restituido en el monólogo fragmentario del protagonista.

Bibliografía

- Collazo, Carolina. "Deconstrucción, ideología y política: cuando lo subalterno no habla, habita", 2008. En línea. 26 febrero 2016
- Gatica, Mónica. "¿Exilio, migración, destierro?" Universidad Nacional de la Plata, 2010. En línea. 25 febrero 2016.
- Moraña, Mabel. "La escritura del límite", 2010. En línea. 25 febrero 2016.
- Quijano, A. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", 2000. En línea. 26 febrero 2016.
- Ramírez, L. "Hibridez y discurso en los estudios literarios latinoamericano", 2002. En línea. 26 febrero 2016.
- Rodríguez, I. "Hegemonía y dominio: subalternidad, un significado flotante", 1998. En línea. 26 febrero 2016.
- Spivak, G. "¿Puede hablar el subalterno?" *Revista colombiana de antropología*, 2003. En línea. 25 febrero 2016.
- Veloz, Marcio. *La vida no tiene nombre*. Santo Domingo: Imprenta Arte y cine, 1965. Impreso.

